



Revista Venezolana de Orientación

APARTADO 628
CARACAS

AÑO 25 - No. 241
ENERO 1962

La Juventud Reclama Revolución

Los espectadores imparciales del panorama nacional, sobre todo los espectadores de edad madura, contemplan y escuchan con asombro un reclamo de revolución, que parte con igual sinceridad de la juventud marxista y de la juventud cristiana.

Media Venezuela tiene menos de veinte años. La juventud y aun la adolescencia con una tendencia iconoclasta que no es novedad, sino fenómeno, más o menos agudo de todas las generaciones, consideran fracasados a sus progenitores testigos tolerantes y víctimas de las dictaduras, de la explotación económica, de la artificiosa separación de las clases sociales. Unos y otros coinciden en sintetizar con el calificativo de burgués el objeto supremo de su desprecio y detestación.

Burgués. Revolución. ¿Entienden esas nobles y esperanzadoras huestes juveniles el significado preciso, el alcance y la proyección de estas dos frases?

Del término burgués hablaremos en otra oportunidad. Vamos a precisar el concepto de revolución; en concreto, el concepto de revolución social.

REVOLUCION

Creemos sinceramente que se emplea con frecuencia sin suficiente reflexión un término que se presta a las más variadas interpretaciones.

De la palabra latina revolvere, volver de revés, revolución implica una total transformación.

Se ha utilizado preferentemente en su aplicación política. En política supone un cambio radical del régimen del Estado, precedido de una acción sangrienta o incruenta (golpe de estado). El término revolución, en tales casos, se aplica tanto a la acción previa como a la realización concreta del cambio de estructuras políticas.

Aunque saturado de un espíritu guerrero y emprendedor, mucho menos violento aparece el concepto de revolución social. Supone igualmente una total transformación del orden social y económico y se contraponen a otros movimientos que reciben el nombre de reacción o restauración (retorno a situaciones ya pasadas). Welty, Catec. Social, pg. 110) Parecen aludir a ella los Romanos Pontífices en sus Encíclicas cuando nos hablan de un Nuevo Orden, de la reconstrucción de la sociedad, de la construcción de la sociedad futura. Todos afirmamos que Cristo fue el más grande revolucionario de todos los tiempos. Donoso Cortés nos añadirá que "hizo la revolución más grande de todos los tiempos sin derramar más sangre que la suya propia".

Pero la palabra revolución social entraña algo más que una transformación radical del Orden social. Parece reclamar una transformación rápida y una acción vigorosa. Y esto nos lleva a la conocida discusión sobre los términos y las banderas de: revolución y evolución.

¿REVOLUCION O EVOLUCION?

Es infantil discutir de las meras palabras. Habrá quien entienda por evolución, término que generalizaron los socialistas moderados contra los comunistas, toda acción renovadora

del orden social, siempre que sea gradual, siempre que se evite la violencia. Pío XII defendió alguna vez el término evolución contra el concepto marxista de revolución.

¿Por qué los jóvenes detestan hoy el término evolución? Porque lo encuentran tímido; lento en sus métodos; ineficaz en sus resultados. Ellos recuerdan que el Papa Pío XII reclamaba hombres tormentosos, que Juan XXIII nos reclama una acción social con valentía y urgencia. Pío XII llega a utilizar una terminología guerrera:

"No lamentos, sino acción, es el precepto de la hora presente; no lamentos sobre lo que es o lo que fue, sino reconstrucción de lo que surgirá y debe surgir para bien de la sociedad. Conciérneme a los mejores y más selectos miembros de la cristiandad, penetrados de un sentimiento de cruzados, el reunirse en espíritu de verdad, de justicia y de amor, al grito de ¡Dios lo quiere!, prestos a servir, a sacrificarse, como los antiguos cruzados.

Si entonces se trataba de la liberación de la tierra santificada por la vida del Verbo de Dios Encarnado, hoy se trata, si podemos expresarnos así, de una nueva travesía superando el mar de los errores del día y del tiempo, para libertar la tierra santa espiritual, destinada a ser la base y el fundamento de las normas y leyes inmutables para las reconstrucciones sociales, de interna y sólida consistencia". (Mensaje de Navidad, 1942).

Antes había expresado Pío XI en la Encíclica Quas Primas, nº 25: "Acelerar y apresurar este retorno con la acción y con sus obras, sería deber de los católicos..."

Y Pío XII en el mismo Mensaje de Navidad anteriormente citado: "Para un cristiano consciente de su responsabilidad, aún para el más pequeño de sus hermanos, no hay tranquilidad perezosa, ni existe la fuga, sino la lucha, el combate contra toda inacción y deserción en la gran contienda espiritual en que se propone como galardón la construcción, más aún, el alma misma de la sociedad futura..."

No vamos a condenar el término evolución. Pueden emplearla con plena ortodoxia los que así lo deseen. Todo está en la manera en que se la entienda. Los jóvenes la acogen con antipatía. En cambio, en su espíritu radical halla inmediata resonancia el término militante y guerrero: revolución.

En síntesis, los jóvenes entienden por revolución una acción rápida, valiente, agresiva y sacrificada. Para que sea justa la revolución social ha de presuponerse que el orden social existente es injusto. En este punto, para los cristianos lectores de las Encíclicas no hay discusión. Mucho menos cuando se trata de la América Latina. ¿Quién puede afirmar que los bienes de la tierra están bien distribuidos, donde el 6% de poseedores monopolizan el 80% de la tierra laborable?. ¿Quién podría garantizarnos que se respeta la dignidad humana en el trato del trabajador? La Unesco nos informa que hay en la América Latina un 57% de analfabetos y para más del 50% de la población el ingreso anual per cápita no pasa de 200 dólares.

Y ¿LA VIOLENCIA?

Finalmente una pregunta decisiva: ¿esa rapidez impaciente en la realización de la revolución social, que sienten por igual las juventudes cristianas y marxistas ¿no implica el uso de la violencia? La respuesta es categórica. En el sector marxista, sí. En el sector católico, no.

En los marxistas la violencia es punto sustancial de su filosofía y de sus sistemas tácticos. Para el comunista el supremo bien es la revolución que ha de llevar necesariamente a la sociedad sin clases, última fase del comunismo triunfante. En consecuencia, todos los medios que llevan a este supremo bien son justos.

Hacen suyo con no disimulado descaro, el principio maquiavélico de que "el fin justifica los medios". Nunca podemos confiar en la sinceridad de un comunista. Lenín lo proclamó paladinamente: "Es preciso utilizar, si es necesario, todas las estratagemas, astucias, métodos ilegales, estar decididos a callar y disimular la verdad... Las revoluciones no pueden ser ganadas con manos limpias o con camisas blancas; solamente con sangre, sudor y tea ardiente"; que no es más que la formulación práctica de la consigna de Marx en el Manifiesto Comunista: "Los comunistas abiertamente declaran que sus objetivos sólo pueden alcanzarse derrocando por la violencia todo el orden social existente. Bien pueden temblar las clases dominantes ante la perspectiva de una revolución comunista. En ella los proletarios no tienen que perder más que cadenas. Tienen un mundo que ganar. Proletarios de todos los países, uníos".

Cuando un comunista afirma que ellos no tienen nada contra la religión, miente bellacamente; pero miente en conformidad plena con su doctrina. El fin justifica los medios. En la práctica, la religión será barrida en todo régimen comunista porque es enemigo esencial de su concepción materialista de la vida.

Cuando los comunistas hablan de libertad y reclaman derechos legales, mienten bellacamente. Porque en la esencia misma de su doctrina está el propósito de erradicar todas las instituciones jurídicas actuales. Mienten porque "la mentira es moral cuando se utiliza para el bien del partido comunista".

La revolución social, que predica la juventud comunista, parte de la necesidad ineludible de la violencia.

Pero también los jóvenes cristianos hablan con mucha frecuencia de violencia. ¿De qué violencia se puede hablar entre los cristianos? En primer término, de la violencia contra la propia comodidad, inactividad y pereza. En segundo término, de la valentía, urgencia y virilidad de la acción. En manera alguna de la violencia física frente al enemigo si no es en los casos especiales que vamos a precisar. Para nosotros es manifiestamente falso el principio maquiavélico de que "el fin justifica los medios". Tal vez este reconocimiento nos coloca en peligro de quedar momentáneamente superados en el combate por los comunistas. Pero ¿de quién será el triunfo definitivo?

Hablándose de cristianos la violencia podría justificarse solamente en el caso moral, bien conocido, de rechazar la fuerza por la fuerza (*vim vi repellere*): es decir la violencia en defensa propia, personal o colectiva. El cristiano va a una auténtica transformación de las estructuras económico-sociales. Manifiestamente nos exhorta a ello Juan XXIII en la "Mater et Magistra". Pero ha de obtenerlo por las vías legales y dentro de un sistema democrático. Por un camino tal vez más largo y doloroso que supone la prédica laboriosa y constante de la doctrina social cristiana como única solución del problema social moderno; la contienda electoral; la elaboración consiguiente de leyes auténticamente revolucionarias. Pero hay un detalle muy importante, y al que mira directamente la juventud cristiana, si alguna vez menciona la palabra violencia. Si en el camino tropieza con la violencia, tendrá que rechazar la violencia con la violencia. Tal vez estamos muy cerca de esa batalla. Y hay que confesar que la juventud cristiana siente arder en sus manos las armas, que nunca serán directamente homicidas, pero que —en los casos de agresión— se esgrimirán con valor y audacia. Las generaciones jóvenes sienten ardor bélico y están preparadas a esa lucha, que puede llegar de la reacción conservadora o de la barbarie comunista.

Saben a dónde van. Saben que en el orden político han de partir de un régimen democrático, donde el poder ejecutivo deberá estar bien robustecido para reprimir el crimen, defender el uso de los derechos ciudadanos y proteger a los débiles.

En el orden económico saben que tienen que llegar a un doble cambio de estructuras. En el campo llegarán a imponer la creación de los medianos y pequeños propietarios, que deben trabajar en forma cooperativa. En las industrias y servicios irán exigiendo gradualmente mayor participación en las utilidades; el derecho de intervenir en el nombramiento y en el funcionamiento de la gerencia de la empresa; y, finalmente, en la transformación del contrato de trabajo, que es generalmente el contrato de salario, por el contrato de sociedad. Cuando el obrero sea al mismo tiempo socio de la empresa, se habrá superado el capitalismo cuya esencia misma está en la separación de los dos factores de la producción: capital y trabajo.

En el orden social, aspira a la desaparición de las clases sociales, ya que todos somos hermanos, ya que todos somos iguales en origen y destino.

Todo esto es revolución. Revolución que implicará violencia si se la ataca con la violencia en sus pasos progresivos. Una revolución cuya bandera es: justicia y caridad. Pero cuya última síntesis sería la caridad: el amor; ese amor que ha desaparecido en el mundo burgués: ese amor que es la antítesis del odio comunista.

Este es el Nuevo Orden de que hablan los Pontífices, y que el Papa Juan XXIII afirma que ha de lograrse con valentía y urgencia.

Esta es la revolución que proclama la juventud cristiana y con esta revolución, dejando de lado discusiones de palabras, están todos los cristianos. Es la revolución que nos trajo Cristo.

M. A. E.